

«de Luis XIV, época en que los Jesuitas triunfaban de los Jansenistas é hicieron arrasar *Port-Royal*, eran poco mas ó menos las «únicas ideas políticas de que estaba poseido el pequeño número de «entre ellos que se entrometía en los negocios temporales.»

Estos ataques fueron el eco, por decirlo así, de los que hizo oír antes el liberalismo; solo falta ahora examinar cuáles fueron los mas fundados. En tiempo de la Restauracion no representaron ni quisieron representar los Jesuitas ningun papel bajo el punto de vista político; solo se ocupaban entonces en un trabajo de recomposicion, procurando aunar entre sí todas las partes heterogéneas destinadas á formar una sociedad. Veíanse entre ellos todavía algunos restos de la antigua Compañía que habian podida escapar á la muerte ó al hierro de los verdugos, un cierto número de Padres de la Fe, y una multitud de jóvenes que ofrecian un rico porvenir de esperanzas. Semejante agregacion debia ante todo consolidarse y fortalecerse en el espíritu religioso: tal fue la idea que adoptaron sus primeros directores. Hallaban la monarquía de los Borbones restablecida en Francia, y á ella se adhirieron sin ningun cálculo, sin ninguna ambicion: una república, ó el poder imperial que hubiesen protegido la Religion, habrian sido por ellos igualmente aceptados. No entra en el carácter de los Jesuitas abrazar exclusivamente un sistema político, ó procurar hacer triunfar el uno en detrimento del otro; puesto que se contentan con aquel que está en vigor, de modo que si dan alguna preferencia á un Gobierno, nunca es á causa del principio que lo constituye, sino por la razon determinante de que concede mas ó menos proteccion y libertad al Catolicismo.

Es muy cierto que una fraccion de los discípulos de san Ignacio, sobre todo entre los ancianos, profesaba pocas simpatías á las teorías constitucionales; pero el motivo de su repugnancia no podia ser mas natural. Los apóstoles de aquellas teorías ó ficciones eran en Francia los enemigos mas encarnizados de la Iglesia: todo lo contrario ocurría en Bélgica en aquella misma época, pues los Jesuitas se mostraban los mas sinceros partidarios de la Constitucion liberal, por no oponerse esta al ejercicio del culto ni someter la fe de los pueblos á un despotismo ininteligente. Eran asimismo los Jesuitas en los Estados-Unidos y en Suiza republicanos y demócratas, porque allí las ideas de libertad no esclavizaban las creencias ni los votos. Para juzgar bien á la Compañía, preciso es colocarse en la altura do ella se colocó: es muy cierto que pudo frustrar esperanzas

laudables en su principio, no consentir en asociarse á proyectos seductores, y apelar á la experiencia de los tiempos que fueron para ver en ellos cuáles podian ser los resultados de las innovaciones á que se les convidaba. Probablemente quiso la Compañía permanecer estacionaria, cuando los espíritus ardientes y activos se lanzaban á vias desconocidas, donde en lugar del progreso hallaron tan solo, como el abate de Lamennais, la duda y el desengaño; pero los hombres sensatos admirarán en los hijos de Loyola esa prudencia admirable que no se dejó deslumbrar ni por el prestigio de la novedad, ni por el atractivo de una popularidad efimera.

Mientras que los Jesuitas se salvaban de la doble impulsión que los partidos extremos se esforzaban en hacerles sufrir, nadie pudo apreciar debidamente aquella sabiduría que quedaba sepultada en sus archivos. Hay en Francia una virtud mucho mas rara que el valor y el denuedo, tal es la moderacion: los Padres acababan de dar de ella relevantes pruebas; pero estas ó eran consideradas como sospechosas, ó interpretadas en sentido contrario, ó desconocidas. Por esto se les dejó practicar la justicia y la prudencia en el fondo de sus celdas, sin dejar de perseguírseles sistemáticamente: entonces fue cuando las palabras y las cosas empezaron á perder su significacion comun para tomar otra que debia enmascarar la mas audaz impostura con que se ha especulado jamás sobre la credulidad humana. Cuando se recorren ahora aquellas inmensas columnas de los periódicos de aquella época en los que toma la mentira todas las formas, y que seguros ya de antemano de su triunfo, ni se tomaban siquiera la molestia de disimular ni aun en las circunstancias menos probables, experimentamos un sentimiento de vergüenza y de compasion. Porque desde 1823, no fue ya una malevolencia aislada la que pretendía engañar á una clase de la sociedad, sino una conspiracion permanente contra la verdad, y sobre todo contra el buen sentido de las masas, cuyo buen sentido se procuró pervertir por todos los medios. Tal es aquella conspiracion, verdadera afrenta inferida al pueblo francés y de la que vamos á ocuparnos detenidamente.

Entremos, pues, en la relacion de los hechos sin animosidad y sin prevencion. Para referirlos tenemos á la vista todos los datos originales, y nos pertrechamos de todos los documentos, porque como nunca fuimos afiliados á la Congregacion, á Saint-Acheul ni á Mont-rouge; como, por otra parte, permanecemos extraños á ese fantas-

ma de lucha ridícula inventada por el liberalismo, y á esas mentiras que creó y popularizó, y á los terrores imaginarios que tan hábilmente explotó, podemos hablar de todos aquellos acontecimientos con una imparcialidad verdaderamente histórica. Esta relacion será, lo confesamos, una triste página en los anales de Francia; pues probará con cuánto desprecio de la justicia y de la verdad trataban los apóstoles constitucionales del progreso á una nacion harto fácil en dejarse seducir por palabras huecas y falaces.

Deplorable es el trabajo que nos imponemos, pero nos resignamos á él. Hasta el presente hemos visto en todo el curso de esta relacion á los Jesuitas envueltos, por decirlo así, en los acontecimientos, inspirarlos á menudo, dirigirlos alguna vez, y hemos indicado siempre á cada paso su accion en todos ellos. Ha podido esta ser aprobada ó vituperada, segun los diversos partidos que ocupaban la escaña del mundo. Nada semejante, sin embargo, nos presentan hoy día. Desaparecen completamente los Jesuitas; viven ya fuera del movimiento y del tumulto; no sorprendemos su mano en ningun asunto eclesiástico; su correspondencia mas íntima no nos pone en la mano el hilo de ningun complot contra la Carta, contra las libertades públicas, ni contra la Universidad: piden solamente vivir en su retiro, y sin embargo esta demanda es siempre rechazada, y solo se accede á medias á ese ardiente voto de su corazon. Todos los documentos que tenemos á la vista justifican esta posicion; al recorrerlos vese que los Padres del Instituto nunca ven asegurado, no diré su porvenir, pero ni aun siquiera el día de mañana. Sin embargo, si debíamos conformarnos con la oposicion liberal, veríamos que esta misma Compañía de Jesús es la que inundó la Francia con sus congreganistas y protegidos: la que reinó en lugar de los Borbones; que gobernó escudada por los ministros; que dominó á unos é intimidó á los demás; y por fin, que hizo pesar sobre el Episcopado y el Clero la mas vergonzosa esclavitud.

Han sido todos estos asertos arrojados tan á menudo entre las masas, que por un gran número de hombres han merecido la autoridad de un hecho consumado. Ya no se discute la influencia que ejercieron los Jesuitas durante los reinados de Luis XVIII y Carlos X, por no creerse necesarias mas pruebas para dejar sentadas aquellas convicciones, que no queremos aceptar nosotros sin el examen de tales juicios. Para ello nos parece necesario remontarnos hasta el origen de las cosas, lo que lograremos hojeando la corres-

pondencia de los Jesuitas entre sí, procurándonos además la ventaja de conocer el lazo tendido á la credulidad por la prensa. Son, pues, mucho menos los actos de la Compañía de Jesús que recogemos en este momento, que la relacion de las falsedades y prevenciones de que fue aquella objeto. Nunca se tachó la conducta de los Padres, sino que se les creó un poder, una ambicion, una hipocresía y una hidrópica sed de dinero y grandeza que solo existieron en la imaginacion de sus adversarios.

La Congregacion, Saint-Acheul y Montrouge vinieron á ser el terror fingido ó real de los veteranos de 1793 y de los patriotas de la nueva generacion, que aprendian á acariciar la libertad en la escuela de los censores imperiales, de los generales y prefectos de Napoleon, que habian envejecido en el ejercicio del despotismo y de la arbitrariedad. Importa, pues, á la historia estudiar á fondo esos tres monumentos del poder oculto de los Jesuitas.

La Congregacion del P. Delpuits se habia propagado rápidamente. Dirigiala el P. Ronsin, y en el momento en que cada cual se asociaba bajo diferentes títulos, cuando las provincias y la capital estaban atestadas de reuniones políticas, literarias y científicas, cuando los clubs de los carbonarios y las logias de los francmasones y templarios recibian libremente innumerables adeptos, atacóse á aquella Congregacion en su existencia, en su objeto y en sus medios. Era obra de los Jesuitas, y por esto se la presentó como el escabero de todas las ambiciones, como el asilo de todas las misteriosas intrigas y como un foco de conspiracion contra las libertades nacionales. Al hablar el cardenal de Bausset, en su *Historia de Fenelon*, de la influencia de que gozaban aquellas asociaciones en el siglo de Luis XIV, se expresaba de este modo tratando de los Jesuitas¹: «Llamados desde su origen á educar las principales familias del Estado, hicieron extensivos sus desvelos hasta las mas ínfimas clases, en las que conservaban la feliz costumbre ó práctica de las virtudes religiosas y morales. Tal era con preferencia el útil objeto de esas numerosas congregaciones que habian creado en todas las ciudades, teniendo la prevision de unirlas á todas las profesiones é instituciones sociales. Simples y fáciles ejercicios de piedad, instrucciones particulares apropiadas á cada condicion, y que no ocasionaban ningun perjuicio al trabajo ni á los deberes de la sociedad, eran los únicos medios que se empleaban para

¹ *Historia de Fenelon*, t. I, pág. 16.

«conservar en todos los estados esa regularidad de costumbres, ese espíritu de orden y de subordinación, esa prudente economía que conservan la paz y la armonía de las familias asegurando la prosperidad de los imperios.»

Los Jesuitas se habían mecido en la idea de que podía aun conservarse aquel interesante cuadro; y como tenían á su disposición todos los elementos necesarios coordinados por uno de sus Padres, pensaron que les sería fácil dar mas extensión todavía á aquel pensamiento creador. Así es que adoptaron lo que Delpuits había tan sabiamente organizado, eligiendo á Ronsin para que acabara de desarrollar tan saludable idea, sin que sufriera ningún cambio el orden interior de la Congregación. Todos los domingos, de quince en quince días, y por cada fiesta de la Virgen, reuníase la Congregación en una capilla situada sobre la iglesia de las Misiones extranjeras. Un altar rico en elegante sencillez se levantaba en ella ofreciendo á todas las miradas estas palabras, *cor unum et anima una*, símbolo de la unión y de la caridad fraternal que debía reinar entre hombres que pertenecían á las diferentes clases de la sociedad, sin que hubiera entre ellos ninguna distinción por su posición ni por su edad. Desaparecía la diferencia de condición en el vestíbulo de aquella capilla para ceder su puesto á la igualdad ante Dios: así es que el joven estudiante se sentaba junto al prelado ó al par de Francia. El prefecto de la Congregación y sus dos asistentes eran los únicos que tenían asientos reservados. Aquellos piadosos ejercicios duraban comunmente desde las siete y media hasta las nueve y media de la mañana, empezando por la lectura de la vida del Santo cuya fiesta celebraba la Iglesia. Cantábase luego el *Veni Creator* y el *Ave maris Stella*; luego se oraba en comun por la Iglesia y por la Francia, y se procedía á la admisión de los propuestos ó aspirantes. Subía entonces el P. Ronsin al altar para celebrar la misa, que todos los congreganistas, en número casi siempre de unos doscientos, oían de rodillas, y á la cual respondían todos con los acólitos. Tomaban la mayor parte la comunión; y luego de terminado el santo sacrificio, dirigía Ronsin una plática á sus oyentes exhortándoles al cumplimiento de sus deberes, á la perseverancia y á la piedad; después de cuya exhortación invocaban todos el socorro de la Virgen, y se retiraban en silencio.

Segun el plan adoptado por los Jesuitas, no era bastante orar en comun solo de quince en quince días. Los primeros congreganistas

multiplicaban las obras de caridad cristiana: visitábanse entre sí en sus enfermedades y aflicciones; distribuían limosnas; acudían al auxilio de la indigencia y de la desgracia; pero este celo se encerraba todavía dentro de límites demasiado estrechos. Hasta 1820 no había salido del recinto de la Congregación, pero en aquella época el abate Legris-Duval fundó la sociedad de Buenas Obras, bajo la inspiración de los Padres, cuya dirección después de él fue confiada á Borderies, obispo de Versailles, y al abate Boudot, vicario general de París. Dividíase esta sociedad en tres secciones que abrazaban los hospitales, las cárceles, y los pequeños saboyanos; operándose así simultáneamente el bien en triple escala. Los ricos, los hombres radiantes de dicha, los poderosos del siglo aceptaban á su vez con gozo el descender á los hospicios y á los calabozos, para enseñar á los infortunados y á los culpables que gemían en ellos á soportar con resignación el peso enorme de su triste vida. Tan pronto provocaban la esperanza como el remordimiento, dispensando siempre, empero, á manos llenas beneficios á cuantos sufrían: estas visitas, que eran muy frecuentes, nunca dejaban de ser de gran provecho para la moral. Esforzábanse otros en hacer revivir la tierna institución capaz de inmortalizar por sí sola el ya inmortal nombre de Fénélon: reunían todos los domingos en las capillas subterráneas de las cuatro principales iglesias de París á los pobres niños que desde las montañas de Saboya ó de Auvernia habían acudido para probar fortuna en las mas humildes ocupaciones. Les enseñaban á creer y á orar; les encargaban la probidad y la paciencia, alentando de este modo sus nacientes virtudes, que procuraban poner siempre al abrigo de la necesidad.

También fue en el seno de la Congregación do nació el pensamiento de formar la sociedad de Buenos Estudios, que tenía por objeto conservar en la juventud los principios de la fe religiosa y monárquica: reuniones mensuales los instruían en las letras mediante lecciones dadas por jóvenes maestros que habían venido á ser sus iguales. Procurábaseles todos los medios de enseñanza y recreo, alejándoles del vicio ó de las doctrinas perniciosas; preparábaseles asimismo para poder llenar un día las funciones judiciales ó administrativas. De este modo iba la Congregación extendiendo su benéfica influencia, cuando uno de sus miembros, Mr. Gossin, consejero Real de París, le procuró un nuevo desarrollo estableciendo la Asociación de san Francisco de Regis. Era la principal idea de esta

Sociedad procurar la rehabilitacion de los matrimonios contratados solamente ante la autoridad civil; idea que obtuvo en poco tiempo los mas brillantes resultados.

Tales eran los diferentes cuidados á que se entregaban hombres recomendables por su saber, por su nacimiento, ó por su posicion, sin ocultar ni su nombre ni sus obras. Contábanse entre las filas de la Congregacion algunos príncipes, obispos, generales, magistrados, escritores, sábios, artistas, y, por último, operarios. D. Francisco de Paula, infante de España, y el conde de Limbourg Stirum, próximo pariente del Rey de los Países Bajos; el conde de Senft-Pilsach y el marqués de Clermont-Tonnerre, de Luynes y de Raineville, Olivier de La Rochefoucauld y Rogaciano de Sesmaisons, el conde de Cossé-Brissac y lord Clifford, el conde Francisco de Sales y Loménie de Brienne, el marqués de Choiseul y el caballero de Berbis, los condes de Stolberg y de Durlfort, de Lascours y de Robiano, el baron de Haller y el arquitecto Lemarié, Delaville-Marqué y Saint-Gery, de Sèze y de Hédouville, de Becdelièvre y de Foresta, de Civrac y Lauriston, d' Albertas y el duque de Rivière, se encontraban allí juntos con los jurisconsultos tales como Delpech, de Lavau, Monsarrat, Emmery y Berard-des-Grageux, con los escritores como Picot, Laurentie y Genoude, con los militares como Jacobo Cathelineau, con los médicos como Récamier, con los universitarios como Élicagaray. La mitad del Episcopado francés, los sacerdotes mas distinguidos, y los jóvenes que mas tarde ocuparon los puestos de los profesores que les instruyeron, menos con sus lecciones que con su ejemplo, se confundian en la propia agregacion. Notábanse entre estos prelados, cuya mayor parte han dejado ya de existir, permaneciendo los restantes al frente de la Iglesia galicana, Dubourg y Cheverus, Mathieu y de la Châtre, Pérocheau y Dupuch, Laloux y de Montblanc, Plessis y Blanquart de Bailleul, d'Astros y Dubois, de Cosnac y Tournefort, George y Sibour, de Pins y Gallard, Taberg y Duchatellier, Dufêtre y Soyer, Coupperie y Glaurry, de La Myre y Bombelles, Borderies y de Hercé, Villefrancon y de Chaffoy, el cardenal de Croy y Maréchal, Millaux y Aragonnet d'Orset, Jacquemin y Cottret, Lalande y d'Arbaud, el cardenal de Bausset y Richery, Berthaud y Prilly, el cardenal de Clermont y Poulpiquet, el cardenal Weld, los nuncios apostólicos Macchi y Lambruschini, el ablegado Falconieri, Augé, vicario general de París, los abates Berger, Desgenettes y Lenglois, superiorde las Misiones

extranjeras. Renato de Argenteuil, Rafael de Magallon, Armando Passerat, Francisco Jaccord, Javier Arnoux, Vuarin, cura de Ginebra, Isidoro Gagelin, Pupier, Chatelard y Badin, que unian á la Congregacion la autoridad de su nombre, y la mucho mayor aun de sus virtudes y de su sangre que debian derramar por la fe.

Llegóse desgraciadamente á una época en que hasta las instituciones mas inofensivas parecian contrarias á la justicia y á la verdad, por existir en París un centro permanente de conspiraciones y de intrigas. En los clubs del carbonarismo, cuyas misteriosas ramificaciones nos explicó Luis Blanc en su *Historia de los Diez años*, se preparaba el liberalismo para la guerra civil. Esta guerra no podia declararla oficialmente á la monarquía, por haber fracasado sus planes al tratar de lanzar á las calles á los hombres perdidos, cuyo furor fue reprimido por la fidelidad del ejército, siendo el cadalso el término á que habrian llegado los complicados en aquel complot ó revolucion, á no haber sido la clemencia del Rey. Privado, pues, el liberalismo de apelar á medios violentos, y faltándole los ministros que como Lainé, Decazes y Pasquier le alentaban y protegian bajo mano, no le quedó mas arma que la calumnia: para emplearla, determinó escudarse con la libertad de imprenta que para siempre deshonoró. Compuesta la Congregacion de hombres entregados en su mayor parte á los negocios públicos, y de jóvenes que por su nacimiento ó estudios estaban destinados á desempeñar mas tarde un gran papel en el Gobierno, vino á ser para la oposicion un campo abierto en el que fue permitido sembrar las mas ridículas hipótesis.

Reuníanse los Congreganistas de diferentes puntos de Francia para entregarse en comun á la oracion y á la caridad. Logrado era ya este objeto; pero era de esperar que con el tiempo podria él moralizar el pueblo, y lograr así una reaccion católica. Por esto se procuró por medio de sarcasmos y folletos ridiculizar aquella Agregacion; á pesar de que inútiles fueron el epigrama y la sátira para lograr tan perverso objeto. Podian los diarios herir á los individuos, pero no por ello lograban matar á la Asociacion; y en vista de la inutilidad de la sátira, procuróse emplear la calumnia para hacerla odiosa. Imposible fue hacer á la Asociacion objeto del escarnio público, por lo que se procuró hacerla objeto de la animadversion general; y, cosa admirable, los hombres que mas hablaron de la Congregacion, fueron precisamente aquellos que menos creyeron en su poder. Patente era á todos la accion ó parte que tenia el P. Ronsin

en la Congregacion; pero á pesar de esto se habló del Jesuita como de un personaje misterioso que tenia entre sus manos el hilo de todas las intrigas¹, y que estaba entronizado al mismo tiempo en el

¹ Fue la fantasmagoría sobre la Congregacion tan hábilmente explotada por el liberalismo, que se logró aterrorizar hasta las personas de mas recto juicio: una mentira anunciada en Francia por primera vez provoca un sorriso de desprecio: aquella misma mentira, repetida cada día y reproducida bajo mil formas distintas, penetra al fin en los corazones, y tarde ó temprano forma parte de las creencias de aquellos mismos que la combatieron en su origen. De este modo deben explicarse las versiones mas ó menos erróneas que provocó la Congregacion. Mr. Luis de Carné en sus *Consideraciones sobre la Historia contemporánea ó Ensayo sobre la Historia de la Restauracion*, procuró en 1833 profundizar, desde la posicion en que entonces se hallaba, todas las dificultades de la posicion múltiple que se habia creado á los Jesuitas antes de 1830. Buscó la verdad de buena fe; pero no le fue dado encontrarla siempre: la razon de ello es muy óbvia; consiste en que á su pesar se dejó dominar por el error que ofuscaba á la sazón casi todas las inteligencias. Al hablar de la Congregacion (tomo II, pág. 99), se expresa de este modo: «Júzguese, pues, del efecto de una «asociacion secreta que nunca ha parecido mezclarse en cosa alguna, y á la «cual, sin embargo, todos los proyectos del Gobierno del Rey, todos sus nom- «bramientos, desde el de prefecto hasta el de guarda campestre, parecian es- «tarle sometidos.»

En la página siguiente acaba de explicar Mr. de Carné su idea diciendo: «El «solo resultado de esa influencia inmensamente exagerada por el espíritu de «partido, fue procurar al Gobierno el apoyo de algunos intrigantes cogidos en «la red de la ambicion. La mayoría del Ministerio hubiera probablemente de- «seado separarse de aquellas insignificantes intrigas y poner en descubierto el «fantasma que causaba un terror general.»

Es presumible, y hasta muy cierto que se aprovecharon algunos intrigantes del influjo de la Congregacion, de las misiones y hasta de la Religion misma en pro de su fortuna ó de su partido; pero ¿qué puede resultar de ello en contra de la Congregacion, de las misiones y de la Religion? ¿No se ha visto acaso á otros intrigantes, los mismos tal vez, abusar de un principio diferente, y pedir á la Revolucion de julio títulos ú honores que no habian podido obtener en la Congregacion? ¿Puede por esto imputarse al Trono ni á los poderes que emanaron del movimiento de 1830, que solo se dejasen dominar por ambiciosos sin conciencia y por hipócritas?

No eran los realistas bastante astutos, ni reinaba entonces como ahora entre ellos bastante union por podérseles creer en la idea de concertar con el apoyo de la Congregacion un plan de defensa mútua. Divididos así en los hombres como en las cosas, aislándose ó calumniándose entre sí, aspiraban sin cesar los realistas al mando mientras que se denegaban siempre á obedecer, é irritados contra la ingratitude de los príncipes á quienes no obstante colmaban de elogios, eran incapaces de concebir un plan, y mucho mas aun lo eran de seguirlo y llevarlo á feliz término. A mas de que, no se presentaban á la Congregacion como realistas, sino como cristianos. Podia el deseo de ascender y el de proteger,

Quirinal y en las Tullerías. Supúsose que este Jesuita, mucho mas conocido en los hospitales que en los ministerios, disponia á su antojo de la fortuna, de la autoridad y de todos los empleos; viéndose

crear influencias y favoritismo; pero de esto á aspirar á una direccion política, á violentar los compromisos contraidos y cambiar las determinaciones adoptadas, va una diferencia notable. Hallábanse entre los Congreganistas hombres que pertenecian á todas las fracciones parlamentarias, y á quienes solo unia la fe en el momento de la plegaria comun, puesto que al salir continuaban siguiendo todos sus opuestas vias: nunca, pues, pudo ser la Congregacion el centro de un pensamiento político.

Hubo, sin embargo, un foco de influencia muy real, pero completamente distinto de la Congregacion; necesario es, pues, conocerlo á fin de que pueda su revelacion explicarnos lo que ha sido hasta ahora un misterio para el público.

Hacia los últimos años del Imperio se formó en el Rouergue y en las provincias del Mediodía una asociacion cuyo objeto era acelerar la caida de Napoleon, siendo esta asociacion una especie de francmasonería religiosa y monárquica que tomó el nombre de *Caballeros de la Sortija*. Cuando la Restauracion sucedió al régimen imperial, léjos de disolverse esta sociedad secreta, procuró por el contrario aumentarse y regularizar su organizacion. Tuvo esta sociedad su punto de apoyo en París, y sus comités en todas las provincias, de lo que resultó que habiendo sido creada por los hombres de accion, se apoderaron de ella los hombres políticos desde el momento en que vieron que ningun peligro podian correr. Presidióla el duque Mateo de Montmorency, teniendo sus sesiones en la calle Cassette, núm. 6, y luego en la de Varennes, núm. 18, en casa el marqués Alejo y el conde Adrian de Rougé. Asimismo formaron parte de ella los señores de Villèle, de Corbière, de Frenilly, de Vitrolles, Carlos de Crisnois, y los abates F. de Lamennais y Perreau; pero no consta que nunca hubiese pertenecido á esta sociedad ningun Padre de la Compañía de Jesús.

A últimos del reinado de Luis XVIII y hacia los primeros años del de Carlos X, tuvo esta asociacion, enteramente política, un incontestable ascendiente así en la corte como en el personal de las administraciones y en el trabajo electoral: viósele simultáneamente aceptar ó combatir las influencias rivales, formando tan pronto causa comun con los príncipes, como apoyarse en el comercio á fin de adquirir nuevas fuerzas. En un mismo día se hallaron algunos de sus mas activos miembros en los salones de la condesa de Cayla, en casa Mr. de Rothschild y en las reuniones electorales del presidente Amy. Esta asociacion fue la que dirigió á la mayoría tan compacta del ministerio Villèle en la cámara de los Diputados, la que creó los supernumerarios en la carrera judicial, institucion que fue un plantel de excelentes magistrados, y la que impuso las leyes sobre la prensa, sobre el sacrilegio y el derecho de primogenitura. Dejóse designar con los nombres del *Pabellon Marsan*, del *Gabinete Verde* y de la *Congregacion*, ocultándose así para mejor llegar á la realizacion de sus planes.

Los que vejan el resultado de la intriga, no podian descubrir, sin embargo, la mano que la dirigia teniendo á su disposicion todos los hilos de aquella desconocida trama. Mr. de Montlosier, y Mr. Agier, consejero real y diputado, cre-